

española: *El Quijote y la novelística española y Juan Valera*.

El primero, afortunadamente en castellano, resume en trazos muy vivos y característicos, las corrientes de la novela española en la Edad Media, indispensables puntos de apoyo para conocer la génesis del Quijote.

Precísase la lucha entre la cultura occidental, que hacen supervivir los concilios toledanos como una herencia de Roma y del Oriente, musulmán o judíos, que subsiste en el fondo de la raza española, más semítica que europea.

El Quijote reúne, en su universalidad y en su iberismo, estas dos características de la civilización peninsular, la idealidad medioeval, el espíritu de aventura, el optimismo y, al mismo tiempo, la ironía pesimista, la imaginación que moraliza en fábulas y refranes, rasgos del espíritu oriental.

La silueta de don Juan Valera es también una revisión muy original de los valores psicológicos y literarios del escritor español.

Valera es, en el siglo XIX, un verdadero precursor. Desde luego, en la novela psicológica, tan poco cultivada en España. Los análisis finos y minuciosos de sus novelas (Pepita Giménez y Doña Luz) constituyen un *proustianismo de vanguardia* (es la frase de Giménez Caballero) que lo alejan de la masa y restan popularidad a sus novelas y a sus ensayos críticos. Es el reverso de la mayoría de los novelistas de su generación, Galdós o Pereda, populistas en el sentido más amplio de la palabra; y en definitiva, muy

cerca del alma elemental de las multitudes, sobre todo el segundo.

Don Juan, escéptico, muy europeo, hondamente nutrido de literaturas clásicas, fué un escritor de cámara, de academias, con un público muy refinado, pero restringido.

El crítico, más aun que el novelista. Discurrió sobre todos los problemas literarios, desde puntos de vista nuevos y complicados. No es el dómine que dictamina, sino el espíritu amplio que interpreta.

Así como Unamuno es el final del iberismo de Costa, Ortega y Gasset, con sus preocupaciones europeas, su aristocratismo, es una maduración de Valera.

Nada desdeñó. Fué el segundo en todos los géneros, como dijo Diderot de Voltaire, pero el primero en la adivinación de innumerables problemas, en la curiosidad y la originalidad de sus puntos de vista.—
Mariano Latorre.

ANTE LA CORTE MARCIAL, por *Carlos Vicuña Fuentes* (1).

De toda la literatura surgida con motivo de la caída del Dictador Ibáñez pocos libros ganan en emoción directa e interés apasionador, al de Carlos Vicuña Fuentes. Está escrito con doble pasión: de verdad moral y de rectitud política.

Vicuña Fuentes es una de las más representativas y originales figuras políticas de la República. Maestro abnegado, político de intención rectilínea, enemigo de pactos y de componendas, su filiación se escapa

(1) Editorial Nascimento. Santiago, 1931.

del habitual tono tibio y mansurrón del aficionado criollo a la cosa pública.

Por esto en los actos y palabras de Vicuña domina una estridencia que asusta a muchos y un carácter polémico que se sale de lo corriente entre nosotros.

Al valer de su personalidad moral, tallada en bronce, hay que agregar un vigor intelectual inmenso y una dramaticidad de vida muy rara. El destino quiso que Vicuña Fuentes desarrollara una misión extraordinaria y plena de peripecias mientras Chile gemía bajo la opresión del pretorianismo.

La prensa callaba, los hombres representativos de la banca y del comercio se prosternaban ante el tirano, los periodistas, salvo honrosas excepciones, cantaban loas al régimen imperante, y el espionaje se derramaba artero y siniestro desde el club aristocrático hasta la cantina popular. En tales circunstancias, Carlos Vicuña se irguió altivamente y fué desterrado junto con otros chilenos de corazón independiente.

El libro reciente forma el apasionador alegato que pronunció ante el Tribunal Militar reunido en Talcahuano en Diciembre de 1930 para juzgar al General Bravo y demás expedicionarios del avión Doce de Octubre, por la tentativa revolucionaria del Regimiento Chacabuco.

En pocas ocasiones hemos leído un documento político y social que subyugue más al lector. El espíritu inflamado y apostólico de Vicuña, da a sus frases acentos de una vibración y de un colorido patético. Empieza desnudando su alma y entre-

gando algo de su intimidad, de ese santuario que muchos atacaron sin conocer el verdadero valor moral de su contenido. Vicuña analiza potentemente, con ese rigor positivista que lo caracteriza, el modo como se forman las leyendas en torno a los hombres libres:

«La gente no estudia ni analiza; acepta ideas y juicios hechos; y sería infinito el esfuerzo necesario para aclarar las mentes obcecadas por la pasión. No hay manera de enseñar al que no quiere aprender, al que de antemano cree saberlo todo y acaricia como santo su propio error.

No tiene objeto tampoco ese esfuerzo porque las leyendas, se deshacen solas, y porque no es digno del hombre olvidar cosas más altas y sagradas por la preocupación pequeña de extirpar calumnias o leyendas, aún dañinas para él, que no resistirán mañana cinco minutos de claridad».

Vicuña analiza, en seguida, las cuatro acusaciones que se le han echado en rostro: la de ser anarquista, comunista, antimilitarista y antipatriota. De todas ellas sale airoso y prueba que nunca han tenido base; pero que prosperaban por su silencio indiferente en presencia de los rumores. De los anarquistas dice: «Creo que están en el error: el gobierno es una necesidad física de toda asociación humana. Por elemental y transitoria que ella sea, no puede prosperar sin que ciertos elementos se subordinen a otros, sin que el conjunto renuncie, de grado o por fuerza, a las directivas de su propia inercia, de sus

propias inclinaciones personales, para someterse a las de ciertos elementos que preponderan. Si los distintos elementos de un móvil cualquiera siguiera cada uno su propia trayectoria, el móvil se destruiría necesariamente. Esa destrucción no se produce en las sociedades, precisamente porque la fuerza central del gobierno favorece las convergencias, y anula o reprime las divergencias. Y esto sucede espontáneamente, sobre todo en las sociedades pequeñas, por el buen sentido natural del hombre y por la duración y persistencia de sus propios instintos y sentimientos sociales, que facilitan la cohesión de los grupos y la subordinación de sus partes. Pero a medida que las sociedades se extienden y se complican, es más difícil percibir la conveniencia de la asociación y se hacen más y más débiles e inciertos los sentimientos de convergencia, lo que explica por qué en las sociedades más vastas el gobierno reacciona más enérgicamente sobre las partes rebeldes. Pero grande o chica la asociación, no vive ni funciona sin gobierno: no hay sociedad sin gobierno ni gobierno sin sociedad».

Con lógica férrea y erudición vastísima Carlos Vicuña se mueve con holgura por el mundo de la política, de la historia, de la sociología y del derecho. El comunismo tampoco entusiasma a Vicuña. De él dice: «La sociedad no será comunista: ha sido comunista. El comunismo es el sistema propio de la vida puramente animal, y de la de los primeros grados de la organización humana: supone que el medio procura espon-

tánea y superabundantemente los frutos necesarios para satisfacer todas las necesidades del grupo respectivo. Apenas las cosas escasean la conquista surge como la primera manifestación de apropiación individual, que puede observarse ya entre los animales depredadores».

Pero el que Vicuña no simpatice con doctrinas extremistas no significa que no ame a los humildes y que se halle, en todo momento, dispuesto a defenderlos. Dice por ahí con extremada vehemencia elocuente: «Yo sé lo que es sufrir; yo conozco la injusticia, yo no me creo como los oligarcas de esta tierra, de una carne distinta de la del pueblo mismo, de otra especie zoológica y superior. Yo miro en el pueblo la reserva infinita de nuestra raza y de nuestra nacionalidad. En él están en potencia los grandes hombres y las grandes mujeres del futuro. Perseguir al pueblo, vilipendiarlo, aniquilarlo, torturarlo, me parece un crimen sin nombre contra la patria y contra la humanidad, y mucho más monstruoso todavía pretender destruir por el hambre y por la cárcel a los tipos de selección que en él florecen. Para el pueblo la cárcel es mucho más terrible que para nosotros. Estamos mejor organizados y resistimos más. Nuestras mujeres y nuestros hijos encuentran pan y abrigo cuando estamos ausentes o perseguidos. Cuando un obrero va a la cárcel su mujer y sus hijos quedan sin pan y sin protección. Las pobres mujeres se prostituyen para vivir y para alimentar a sus pequeños, y cuando el hombre, después de largos meses, sale de la

prisión, encuentra su hogar deshecho, su mujer manchada y sus hijos envilecidos o muertos por la miseria. Sabía bien que defendiéndolos, tratando de abreviar la infamia de que eran víctimas, me exponía al odio de la burguesía y al descrédito profesional, pero me pareció un deber y lo hice sin embargo, recordando el lema de Bayardo: *Fais ce que dois, advienne que pourra*. (Págs. 18-19).

Aunque discrepamos en muchas materias doctrinarias de Carlos Vicuña, es grato comprobar la existencia, entre nosotros, de espíritus tan superiores y dueños de una organización mental admirable. El libro que comentamos, cuyas páginas se leen como una novela colmada de hechos, significa una novedad dentro de los monótonos y mal escritos libros de algunos políticos criollos.

Toda la mascarada militar ibañista, el grotesco proceso de Concepción, la cobardía de civiles y militares, el gregarismo de nuestro ambiente tienen allí su condenación más candente. Es un documento vivo de humanidad en que resplandecen dignísimos sentimientos morales. La pluma de Vicuña Fuentes cobra allí acentos bíblicos de ira

o tiene recogimientos de sincera emoción al hablar de su hogar, de la unión poderosa que reina entre los suyos bajo las horas adversas y amargas.

La ironía también aparece en muchas páginas. Véase en la 40 su silueta del Ministro José Santos Salas, «que puso en su cuenta personal los dineros del estado, y en vez de decretos de pago, giraba cheques». O bien cuando habla de una tarjeta conservada por Schwietzer que tiene «ortografía y sintaxis revolucionaria» y que firma el pretoriano Mario Bravo.

Lo cómico y lo absurdo aparecen cuando se revelan las intimidaciones de lo ocurrido entre los conspiradores y la guarnición de Concepción. Hay personajes que evocan un esperpento de Valle Inclán.

Saludable lectura es la de este libro. Refresca el ánimo, tantas veces cansado y oprimido por la crisis moral que abrumba a Chile. Crisis que llega a las alturas y exalta mediocres; pero que tiene aún caracteres más dolorosos por la atmósfera viciada que permite convivir entre nosotros a los peores residuos del pasado régimen sin condigna sanción moral.—Ricardo A. Latcham.